

Un retrato penetrante

Rosario Sánchez Romero

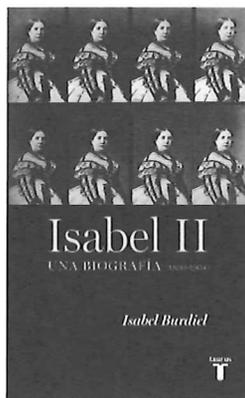
La tarea del historiador en su propósito y en su metodología pretende la búsqueda de la verdad mediante la recogida de documentos, su verificación y su interpretación, una tarea difícil que casi nunca se logra del todo. De modo que el relato que construye ha de ajustarse de la manera más objetiva posible a lo que aconteció. Está presidido por la voluntad de verdad, por el deseo de certidumbre frente a la ilusión de lo que pudo suceder; estableciendo un límite claramente definido entre historia y ficción. Eso es precisamente lo que hace Isabel Burdiel en su último libro: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Una biografía que nace con el objetivo de mostrar las luces y las sombras de una monarquía, y de un periodo político crucial de la historia de España.

Aprehender todo aquello que forma parte de la existencia humana y que queda recogido en unos escritos es una tarea difícil, puesto que la vida es un conjunto de datos y experiencias de las que podemos dejar constancia, pero es sobre todo multitud de fantasías, ilusiones y experiencias emocionales a las que difícilmente se le han puesto palabras. Constituye todo un mundo inaccesible a los otros, porque, como sabemos, la realidad de la vida de un sujeto va mucho más allá de lo visible, de un lugar o una posición, hay que buscarlo también en otras vidas que dan forma a la suya, en la vida de los que le rodearon. Además aquello que sucedió ha de leerse con un conjunto de referencias culturales que no son las del presente puesto que esas

fuentes remiten a otra época, a otros valores, a otras circunstancias que no son las del hoy. ¿Cómo traduce la autora todo este material? El resultado es el siguiente: mediante un conocimiento profundo de ese periodo y de la personalidad de Isabel II, un análisis minucioso de las fuentes documentales y una ingente cantidad de datos, la autora muestra la complejidad de una existencia, de un periodo político y de una circunstancia de transición de la Monarquía. Durante el siglo XIX fueron muchas las monarquías constitucionales que surgen en Europa como consecuencia del ciclo revolucionario liberal, provocando una tensión entre Parlamento y Corona. Isabel Burdiel muestra la especificidad que esta tensión tuvo en nuestro país a través de las prácticas políticas cotidianas.

Por esta biografía desfilan un sinfín de personajes implicados muy directamente en la vida de Isabel II y que representaron intereses del moderantismo, de progresistas y de la propia familia real. Este entramado de relaciones e intereses contrapuestos nos abren un abanico que permite la comprensión de lo que fue la vida interna de la Monarquía durante gran parte del siglo diecinueve (sus intrigas, sus pasiones) y de ese agitado periodo de la vida política española.

En este penetrante retrato que realiza Isabel Burdiel están el tiempo y el espacio de los hechos históricos narrados, están los personajes reales y los datos concretos. Pero no es sólo el relato de una vida, también se reflejan perfectamente las tensiones políticas de la España del periodo isabelino y los cambios a los que la Monarquía constitucional hubo de adaptarse. Además aparecen las referencias, datos y circunstancias que rodearon a Isabel II, su condición de mujer y su posición de reina, una reina que representa desde su naci-



Isabel Burdiel

Isabel II: Una biografía 1830-1904
(Taurus, 2010) tercera edición,
febrero 2011, 944 págs.

miento todas las esperanzas de cambio y libertad que habían fracasado desde las Cortes de Cádiz. «Bien puede España dar gracias a Dios, pues con esa niña nos ha traído el remedio de todos los males. Y gracias también debemos darle porque con ella empieza el orden» escribió Pérez Galdós en los *Episodios Nacionales*.

Un aspecto interesante y original de la obra, aunque no el único, es partir de una conceptualización de la monarquía no sólo política, sino también como una institución que ha de tener en cuenta las circunstancias sociales y a los valores culturales. Por otra parte, la Monarquía, como muchas veces se ha pretendido, no es ajena a las circunstancias biográficas, desde esta óptica se aborda la cuestión de género, es decir, la circunstancia excepcional de que el primer monarca constitucional en un periodo de transición y de cambio fuese una mujer. En el siglo XIX la Monarquía era una institución pensada en masculino, en un momento en el que el modelo de feminidad que se imponía era la del «ángel doméstico». Su feminidad y el cambio de valores que se produce con el liberalismo tuvieron mucho que ver no sólo con la moralidad e imagen pública de Isabel, sino con los debates que giran en torno a la legitimidad de la Corona. En el caso de Isabel II, el azar de su género enlazaba y coincidía en el tiempo con aspectos culturales que se fueron asentando en la sociedad a lo largo del ochocientos. Es imposible entender –desde la complejidad– aquel periodo si no se tienen en cuenta estos valores culturales y su influencia política, es decir, la influencia sobre un hecho singular: que el primer monarca tras la época absolutista y en un periodo constitucional fuese una mujer. Todas estas preocupaciones y discursos en torno a las identidades de género surgieron en el contexto de las cambiantes sensibilidades urbanas y de la nueva clase social emergente. En realidad, los diferentes discursos

representaban la confrontación en torno a qué valores culturales, sociales y políticos se tenía que fundamentar y sustentar la nueva sociedad española.

En este sentido, la imagen velada que la autora nos ofrece de Isabel II confirma que lo que sabemos de ella es más el relato que otros hicieron de su vida que el que ella misma pudo hacer. Sabemos poco de la visión que Isabel II tuvo de su propia existencia, de aquellos que la rodeaban, así como de las influencias profundas que la relación con María Cristina, su madre, tuvieron en su trayectoria. A través de estas dos mujeres se analiza la relación de la figura femenina con la política y el poder durante el siglo XIX. Algunas de las claves del reinado de Isabel hay que buscarlas en la regencia de su madre, para quien vida privada y vida política confluyeron ya desde su llegada a España.

La existencia de Isabel II y la instrumentalización de la que fue objeto por parte del moderantismo –al igual que su negación como sujeto y la atribución y el rol que se le había fijado– recuerdan al mito de Procusto. Su vida estuvo determinada desde el inicio por su condición de futura reina, pero fueron muchas las variables que jugaron para que finalmente «esta imposible señora» acabara siendo expulsada y viviera sus últimos días en el exilio: la distante relación de su madre, lo inadecuado de su educación para las necesidades futuras de la Nación, su poca sabiduría política y su mucha experiencia en intrigas, la extravagancia de su matrimonio, que se inició con el secreto a voces de la incapacidad del rey consorte para la procreación, y con dudas sobre su virilidad, y una concepción patrimonial de la Monarquía. La autora nos acerca al drama de una mujer, inmersa en las camarillas de la Corte y a la presión que recibió por parte de todos los actores de la vida política. Fue un objeto funcional de un momento político (manejada e instrumentalizada por la política de

partidos y por la Iglesia), y de un momento social, de un momento de cambio, de una nueva imagen de la mujer, de unos nuevos valores a los que la Monarquía y las personas habían de adaptarse. Una mujer que aprendió lo que había vivido desde niña, la manipulación en función del propio interés y capricho. Al final, tras la larga agonía de su reinado y, según le confesó a Pérez Galdós en París, fue consciente de lo perdida y atrapada que se hallaba cuando empezó a gobernar, profundamente desorientada sin encontrar una voz confiable que le guiase el camino. En efecto, como si de dos espejos contrapuestos se tratara, la Corte fue en muchos momentos un auténtico laberinto. Laberinto que el lector recorrerá de la de mano de la autora deteniéndose en cada escalera, pasadizo o puerta falsa.

Ahora bien, cabe preguntarse si Isabel II tenía capacidad para independizarse de la política partidista y hasta qué punto las condiciones políticas y su condición de mujer le otorgaron un poder efectivo. Por lo tanto, uno de los méritos de la autora en esta obra es mostrar la paradoja de esta Monarquía, que aparentemente tuvo todo el poder para en realidad no tener ninguno.

El proceso de deslegitimación de la Corona se sostiene en el espectáculo que de su vida privada se hizo por parte del sector moderado, que se vio beneficiado como también lo hizo la familia real. Todos ellos instrumentalizaron esta imagen en función de sus propios intereses, de forma que «la cuestión de palacio», su desordenada vida sexual, y sus relaciones adúlteras fueron objeto de dicha manipulación. El discurso alternativo que posibilitará la revolución del 68 se irá forjando precisamente en contraposición a esa figura e imagen de la reina, a modo de un negativo. Aunque obviamente, esta revolución y el final del reinado de Isabel II responden también a la debilidad de los gobiernos y las servidumbres de éstos durante los úl-

timos cuatro años (1864-1868). Es un periodo que estuvo jalonado por conspiraciones, intrigas y pactos revolucionarios: «Un espeso nudo de pasiones mediocres, intereses personales e intrigas de salón pareció absorber definitivamente la política de la corte y contaminar a una gran mayoría de los políticos de la época. Una y otros fueron encendiendo y apagándose mutuamente las vacilantes luces que habrían podido iluminar el laberinto en que se había convertido lo que quedaba de monarquía constitucional en España. Durante cuatro largos años, se sucedieron hasta siete gobiernos fugaces y frágiles extraordinariamente dependientes de la voluntad regia, sin que se avanzara un ápice en la creación de los mínimos de consenso político necesario para desbloquear un camino que parecía abocado irremisiblemente, y muy a contrapié en el panorama europeo posterior a 1848, a la revolución.»

Esta biografía va mucho más allá de la narración de una vida, ya que aborda cuestiones fundamentales, como fueron la transición de un reinado absolutista a una Monarquía constitucional, la adecuación de la Corona a los nuevos modelos burgueses emergentes, la autonomía y el poder real y efectivo de la institución. Aunque es indiscutible que la dimensión política respecto de los avatares de la Monarquía constitucional en nuestro país o de las relaciones entre mujer, poder y política, trasciende la vida de Isabel II, que en ese sentido, como cualquier biografía tienen la limitación de un «tiempo corto». Pero a partir de esta biografía Isabel Burdiel nos muestra las complejidades sociales y políticas de este periodo, que quedaron reflejadas en las palabras de Galdós: «Entre todos hicieron de la vida política una ocupación profesional y socorrida, entorpeciendo y aprisionando el vivir elemental de la Nación, Trabajo, Libertad, inteligencia, tendidas de un confín a otro las mallas del favoritismo, para que ningún latido de actividad se les escapase.

Captaron en su tela de araña la generación propia y las venideras, y corrompieron todo un reinado, desconceptuando personas y desacreditando principios; y las aguas donde todos debíamos beber las revolviéron y las enturbiaron, dejándolas tan sucias que ya tienen para un rato las generaciones que se esfuerzan en aclararlas»

A pesar de que la propia autora ha manifestado que el género biográfico «es un género endemoniado porque se ve obligado a distinguir entre un individuo y un personaje, es decir, entre un sujeto histórico y un nombre propio», creo que se requiere también poder integrarlos y eso es precisamente lo que consigue. Ella nos muestra de qué modo es posible salirse de ese esquema que impone el género para integrar el «yo» y el sujeto histórico, y recoger esa dialéctica entre sujeto y personaje. Pero además la autora logra imbricar las circunstancias individuales en los diferentes discursos acerca de cómo debía ser y mostrarse una reina en una monarquía constitucional.

En definitiva, Isabel Burdiel mediante un género privilegiado nos ilustra acerca de la complejidad de la personalidad humana, las diferentes identidades, contradicciones y ambigüedades que la componen, descartando una concepción unitaria y coherente de la identidad. No es necesario ser historiador para captar desde sus primeras páginas, el nivel de documentación de la obra, la sólida argumentación, la fortaleza del texto y la verosimilitud del personaje.

Rosario Sánchez Romero es licenciada en Humanidades.

El original siempre será superior

Ignacio Carrión

Nadie mejor capacitado que Manuel Vicent para escribir la biografía, sobre todo si es apócrifa, del decimoctavo duque de Alba, el ex cura Jesús Aguirre, cuya vida parece extraída de la ficción más que de la realidad.

En el momento de nombrarlo biógrafo oficial, no sospechaba el duque en la que se metía, a menos que deseara satisfacer (en el otro mundo) sus ocultos deseos masoquistas. Porque hay que decir que para el imaginativo y sarcástico autor de *Pascua y naranjas* el protagonista de su historia *Aguirre, el magnífico* es como una perita en dulce. Y no es difícil imaginar al escritor frotándose las manos ante la primera página de su libro. En esta primera página se establece el tono de la narración. Vicent asiste a un acto cultural celebrado en 1985 en Alcalá de Henares, presidido por el rey, y allí descubre al duque «en medio del sarao, transfigurado, redivivo, como recién descendido de monte Tabor. Me acerqué y le dije bromeando: Jesús, ¿puedo tocarte para comprobar si eres mortal?». Entonces el duque contestó a Vicent: «Querido, a ti te dejo que me toques incluso las tetillas». Acto seguido el duque arrastra a Vicent al lugar donde está el Rey y dice: «Majestad, le presento a mi futuro biógrafo». Pronunció el nombre y apellido de Vicent «mascando con fruición las sílabas de cada palabra», pero el rey «echó el tronco atrás carcajeándo-



Manuel Vicent
Aguirre, el magnífico
Madrid, Alfaguara, 2011, 256 págs.